

Pepa Bueno

Vidas

arrebatadas

Los huérfanos de ETA

Prólogo de
**Manuel
Jabois**



 **Planeta**

PEPA BUENO

VIDAS ARREBATADAS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© María José Bueno Márquez, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Poema «Cicatrices» [p. 9] © Piedad Bonet, 2011

Ilustraciones del interior: cortesía del © archivo de la familia Pino Fernández

Primera edición: febrero de 2021
Depósito legal: B. 875-2021
ISBN: 978-84-08-22676-5
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Rodesa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

<i>Prólogo</i> , de Manuel Jabois	11
1. El atentado	15
2. España, 1987	25
3. Una familia española	37
4. El internado	59
5. Quiero ser guardia civil	89
6. El amonal mata también la vocación	109
7. No existimos	129
8. Las heridas que no se curan	149
9. Los asesinos	171
10. La vida después de la tormenta	197
<i>Epílogo</i> . El confinamiento	211
<i>Agradecimientos</i>	221

1

El atentado

Todo el mundo me dice que es imposible que mi madre nos dijera eso desde debajo de los escombros y que yo pudiera escucharla con el jaleo que había. Pero yo la escuché.

06.13 horas del 11 de diciembre de 1987

JOSÉ MARI: Estaba en mi cama, soñando que jugaba al billar americano con otro que no sé quién era. Me acuerdo perfectamente de aquel sueño. Me tocaba a mí abrir las bolas y cuando le di a la blanca... ¡Bum! Sentí una enorme sacudida. Abrí los ojos y solo veía una nube de polvo, estaba oscuro, llovía en mi cara y había un olor muy intenso, muy penetrante, que entraba hasta los pulmones. Luego supe que era el olor del amonal, ese olor tan intenso a azufre y amoníaco, que se te queda pegado para toda la vida. Pero en aquel momento no tenía ni idea, todo era extraño, alucinante. No se veía nada, solo ese olor y el polvo, mucho polvo, y la lluvia empapándonos. Se escuchaba la sirena del

cuartel sonando a toda leche: sonaba, sonaba, no paraba de sonar. Pero también escuchaba los chillidos de gente que lloraba, que daba alaridos o que pedía socorro.

Yo tenía trece años y tuve clarísimo que aquello era un atentado porque ya sabía que había gente que ponía bombas. No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando la nube de polvo empezó a disiparse, miré al frente y lo que vi era increíble, aterrador: no había nada, nuestra casa había desaparecido, la habitación de mis padres y la de mi hermana Silvia... ¡no estaban! Vivíamos en un tercer piso, pero todo se había caído y debajo solo había escombros. Di un respingo, me pegué al cabecero y miré a mi hermano Víctor, que tenía once años y compartía habitación conmigo. Su cama se había partido en dos, pero él seguía allí, justo en el trozo que seguía en pie, a mi lado. Le dije: «¡Quieto ahí!». Estábamos cada uno en nuestra cama —la mía entera, la suya solo un trozo—, suspendidos en el vacío, en apenas un metro de suelo, mojados y llenos de cascotes. Víctor parecía no entender nada y me preguntaba: «¿Qué ha pasado, José?». El piso de arriba tampoco existía, solo el cielo y la lluvia y el olor y las sirenas y los lamentos. Nosotros también gritábamos: «¡Mamá, mamá!». Y entonces yo lo escuché, yo escuché a nuestra madre que decía: «Hijos míos, no os mováis». Me llegó de debajo de los escombros... Y nosotros, al escucharla, gritábamos más fuerte: «¡Mamá, mamá!», pero ya no respondió.

VÍCTOR: Sí, te he escuchado contar eso de mamá otras veces, pero yo no la oí. Y yo no tenía ni idea de ETA, ni de que había gente que ponía bombas; no tenía ni puta idea, era un niño que vivía con su familia. Punto. Solo recuerdo que me desperté y lo primero que vi es lo que quedaba de nuestra habitación... ¡Nada! Las luces de los bomberos y ruido por todos lados, las sirenas... Ese rato se me hizo mogollón de largo, muy largo. Es que apenas veías por la oscuridad, por el humo y aquel olor. ¿Y dónde cojones estoy? No sabía bien dónde estaba, tenía encima una de las maderas del armario, y veía a José con una pierna doblada y su cama como un tobogán que no sabía si iba para abajo o para arriba... Y él solo me gritaba: «¡Quieto ahí, quieto ahí, quieto ahí!».

JOSÉ MARI: Pegado al cabecero de la cama, oía las voces de los guardias, de los servicios de urgencias, de los rescata-dores y también las de los otros chicos que vivían en el cuar-tel. Y vi correr entre los escombros a un compañero de jue-gos del cuartel, otro chaval que perdió allí a su padre, a su madre y a su hermana. Iba saltando por los escombros. Yo no sé cómo saldría de debajo de dos pisos. Corría pegando respingos sobre los cascotes, llamando a gritos a su madre y a su padre.

VÍCTOR: No sé calcular cuánto tiempo estuvimos así, pero a mí me pareció mucho, hasta que por el lado derecho de lo que había sido nuestra habitación apareció, con mu-cho esfuerzo, un hombre, creo que era un bombero, y se

llevó a José. Me quedé solo; debió de ser un minuto, pero a mí se me hizo eterno. No debía de pensar en nada, solo temblaba y miraba al vacío, hasta que otro bombero llegó a rescatarme y me llevó en brazos por las escaleras destrozadas, eso sí lo recuerdo. Todo se iba derrumbando a nuestras espaldas. Al salir le dijeron que no volviera a entrar por allí, que todo se caía. Ya fuera, me dejó en el suelo sobre los escombros. Íbamos descalzos, claro, y me hice un corte pequeño en el pie.

JOSÉ MARI: Fuera había un paisaje de guerra: los autobuses oficiales destrozados y quemados, pura chatarra echando humo en medio del caos. El edificio seguía derrumbándose y la gente corría de un lado a otro... Empezaba a amanecer. Nos metieron en una ambulancia a los dos. Yo tenía una pierna rota; no lo sabía entonces, claro, pero al apoyar me di cuenta de que no podía caminar. Hicimos el trayecto al hospital en silencio, sin hablar, ni nos preguntamos por nuestros padres, ni por nuestra hermana, ni por lo que había pasado. Callados, como ausentes mientras se iba haciendo de día, solo se oía la sirena.

VÍCTOR: Estábamos flipando.

JOSÉ MARI: Y al llegar al hospital, la primera imagen que recuerdo es la de una vecina de los pisos de enfrente, toda ensangrentada, con una bata de esas antiguas, de floripondios, con un cristal muy grande clavado en el cuello. Estaba en una esquina del pasillo, callada. Solo nos miraba

fijamente. ¿No te acuerdas, Víctor? Pues nos miraba fijamente a los dos, estaba como ida, con el cristal clavado. Esa imagen también se me quedó para siempre.

VÍCTOR: No me acuerdo, qué va. Para mí lo siguiente es ya la habitación del hospital y que seguía flipando; nadie nos decía nada, y a mí, que estaba siempre pegado a las faldas de mamá y allí no conocía a nadie, me daba mucho miedo.

JOSÉ MARI: Yo llegué a la habitación más tarde porque me llevaron a curarme. Además de la pierna rota, tenía un golpe fuerte en la cabeza. Me desmayé y cuando abrí los ojos de nuevo estaba ya con un hierro en la pierna, escayolado, en la habitación contigo y con Pablo, un guardia civil muy joven de la patrulla todoterreno del cuartel. También estaba herido y le habían puesto un collarín cervical. Él sabía perfectamente quiénes éramos y sabía perfectamente lo que había pasado. Trataba de distraernos con tonterías y nos llamaba por el apellido de mi padre, pero con diminutivo: «¡Venga, Pinillos!». Alguien puso la tele en la habitación de al lado y empezaron a hablar del coche bomba en Zaragoza. Pablo salió disparado y gritó en mitad del pasillo: «¡Quitad esa puta televisión ahora mismo!».

VÍCTOR: Ahora que hago el esfuerzo de pensar, recuerdo que lo que me asustaba era que no venía nadie a por nosotros; me parecía que llevábamos muchas horas allí y ni mamá ni papá aparecían por la puerta a recogernos, ni nadie de la familia. No sé, a mí se me hacía muy largo y no

acababan de venir... Era como si estuviera esperando que aquella broma se acabara ya.

JOSÉ MARI: De la familia no aparecía nadie, pero vino mucha gente a vernos: profesores del colegio, compañeros de clase, guardias civiles. Los que no aparecían eran mis padres ni mi hermana Silvia. Cada vez que se abría la puerta de la habitación, levantábamos la cabeza como un rayo para ver si eran ellos, pero no, era una enfermera o alguna visita que nos hablaba de cualquier cosa menos de la cosa que nosotros estábamos esperando. No sé de qué iban aquellas conversaciones, solo que no iban de qué pasaba con el resto de nuestra familia. Yo, en el fondo, pensaba que estaban muertos. Solo tenía trece años, pero sabía que los tres se habían quedado allí, debajo de los escombros, y que mamá ya no respondía al final cuando la llamábamos. Lo sabía, pero no dejaba de mirar a la puerta esperando el milagro, esperando que en cualquier momento asomara la familia que se había ido a dormir la noche antes en el piso del cuartel.

VÍCTOR: Yo no tengo recuerdos de la noche anterior; tampoco me he puesto nunca a recordar, pero si me pongo ahora, si lo intento, nada, cero, como si no hubiera existido esa noche.

JOSÉ MARI: Yo me acuerdo perfectamente de una cosa. Le pedí a papá las llaves del coche para ir a coger un balón que tenía que inflar, y tenía que hacerlo a esas horas porque un compañero me había dejado el pincho para inflarlo.

Pero todo lo demás lo supongo. Supongo que cenaríamos los cinco si papá no tenía turno raro, supongo que estaríamos a vueltas con los deberes, para lo que siempre remoloneábamos, y que nos darían el beso de buenas noches, como siempre hacían. Y a dormir, esperando los planes del fin de semana porque era viernes. Era una noche cualquiera, 10 de diciembre..., un día cualquiera. Fíjate que, en algún momento de aquellas horas en el hospital, después de la bomba, me acordé del pincho para inflar el balón, pensé que ya no lo podría devolver a mi compañero y que quizás se enfadaría. Ya ves qué tontería, si lo habíamos perdido todo.

VÍCTOR: Desde hace un tiempo le doy vueltas a una cosa: qué jóvenes eran mamá y papá cuando les pasó eso. Ahora nosotros tenemos más años que ellos aquel día.

JOSÉ MARI: Cada vez que cumpla años lo pienso. Eran más jóvenes que nosotros ahora. Tenían treinta y nueve y cuarenta años.

VÍCTOR: Ah, yo creí que tenían treinta y siete y treinta y nueve, no sé, como nunca he querido detenerme en los detalles... Más jóvenes que nosotros, de todas maneras. Silvia tenía siete, y tú y yo trece y once... Es que éramos unos críos, joder, y estábamos allí solos en aquel hospital, más asustados que la leche, flipando y sin que nadie nos dijera nada, y sin que apareciera nadie de la familia hasta el día siguiente.

JOSÉ MARI: No. Llegaron ese mismo día. El abuelo, el padre de nuestra madre, llegó como a las seis de la tarde.

Venía desde Talavera de la Reina, pero tampoco nos aclaró nada. Se acercó a mi cama y me dijo: «Papá está muy mal» y no mencionó ni a mamá ni a Silvia. Ni ese día ni nunca nos dijo que papá, mamá y nuestra hermana estaban muertos. ¡Nunca jamás! Ni una conversación para explicarnos lo que había pasado. A los cinco minutos de llegar el abuelo, entró un primo de nuestros padres que no conocíamos, o por lo menos no lo recordábamos. Nos dieron el alta médica y nos montaron en el coche de este primo y nos pusieron en viaje desde Zaragoza a Talavera, seiscientos kilómetros de los de entonces. A mí, como iba escayolado, me sentaron delante, en el asiento del copiloto. Mi abuelo y Víctor detrás. Solo recuerdo silencio y oscuridad. De vez en cuando se escuchaba llorar a mi hermano. Me dolía la pierna y también me echaría algún lloro, supongo. No recuerdo que nadie me consolara. Solo silencio y carretera.

VÍCTOR: Y ya siempre el silencio, también entre nosotros dos. Crecimos sin hablar nada de esto. Nada, nada, ni una palabra, como si no hubiera pasado. Nos ha costado la hostia.

JOSÉ MARI: De lo que pasó aquel día no hemos hablado tú y yo hasta hace tres años.

VÍCTOR: Y cuando empezamos a hablar no éramos capaces de decir papá o mamá.

JOSÉ MARI: Ni siquiera podíamos mirarnos mientras hablábamos.